



Ejes de reflexión / Cultura e inclusión y transformación social

Profundos e intensos cambios están sacudiendo al mundo. Lo estable se transforma, se recrea o se disuelve. Con distinto grado de magnitud, los marcos mentales y sociales que han servido de referencia a individuos y colectividades están en crisis.

Se trata de una ruptura histórica, de una fractura sistémica, cuyas implicaciones tanto prácticas como teóricas tienen alcance universal. Se trata, en breve, de un “cambio de época”, en el que se ha vuelto imperioso reconstruir nuestras cartas de navegación y encontrar nuevas formas de orientación en el mundo.

Transformación y crisis; viejas y nuevas desigualdades; cambios paradigmáticos y veloces; interdependencias crecientes y parciales; Estados cruzados por movimientos globales y demandas locales, son algunas de las referencias usuales en los análisis contemporáneos.

Elas forman parte del vocabulario utilizado para intentar dar cuenta de una ruptura que se expande y se despliega en forma desigual por territorios, estados, fronteras, culturas y sociedades. Que conecta y desconecta a naciones, pueblos e individuos en un mundo que se ha vuelto más desigual.

Un mundo en el cual el ingreso medio en los 20 países más ricos es 37 veces mayor que el de los 20 más pobres. Esa inequidad se exagera cuando concentramos la mirada en América Latina: en la primera década del siglo XXI, el 20% de la población latinoamericana con mayor riqueza recibe el 60% del ingreso disponible, mientras que el 20% más pobre accede tan sólo al 3%.

Ello tiene su traducción en el acceso dispar a activos que van desde la tierra a los salarios, de la salud a las tecnologías, de la educación a los bienes culturales y a la ciudadanía.

Sin embargo, como ha señalado Octavio Ianni, la globalización debe ser pensada en términos de integración y fragmentación, esto es, como un proceso que abre también múltiples posibilidades.

En este sentido, el singular momento histórico por el que estamos transitando supone riesgos y desafíos pero al mismo tiempo nos abre posibilidades y oportunidades que pueden ser únicas. Una de estas oportunidades, se nos presenta, si logramos comprender y valorar el carácter central que ha adquirido la cultura en los estilos de desarrollo, de cara a una adveniente sociedad del conocimiento.

Es ella la que proporciona el sentido capaz de orientar nuestras acciones hacia lo que queremos ser. La cultura es la que atraviesa todas las producciones materiales e inmateriales que forman parte del acervo pasado, presente y futuro de nuestros pueblos.

Como complejo proceso por intermedio del cual se producen, circulan y consumen significaciones sociales, la cultura es el reservorio vivo de capacidades a partir de las cuales pensar y actuar en nuestras sociedades y sobre las cuales construir condiciones de equidad e igualdad de oportunidades.

La cultura tiene un papel central en momentos que se renueva el debate sobre los estilos de desarrollo y organización social que han sido ensayados desde los años 70.

Francisco José Piñón

DIRECTOR DEL INSTITUTO DE POLÍTICAS
CULTURALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
DE TRES DE FEBRERO. EX SECRETARIO
GENERAL DE LA ORGANIZACIÓN DE ESTADOS
IBEROAMERICANOS (OEI)

La cultura es un punto nodal en el corazón de los estilos de desarrollo y debe tener una presencia central en las políticas públicas.

Ello adquiere particular relevancia en este contexto, donde la transformación tecnológica difunde un proceso de industrialización y especialización cultural que impacta sobre la conformación de identidades, al mismo tiempo que las transformaciones globales intensifican las interdependencias y generan una reconfiguración de las instancias nacionales, demasiado pequeñas para lo global y excesivamente grandes para responder a las demandas locales.

Por un lado, las interdependencias nos exigen una mayor disponibilidad para convivir con los otros, con los diferentes. Nos remiten a una toma de conciencia y a un reconocimiento de la diversidad cultural como valor a promover. Esto no oculta, sin embargo, que son esas mismas interdependencias las que aumentan también las posibilidades de nuevos conflictos.

Por el otro, el carácter transnacional que guía tanto la producción de significados y símbolos como los intercambios de bienes culturales nos exige, en cambio, la necesidad de buscar en la integración y en la cooperación horizontal una vía para fortalecer la igualdad y asegurar la diversidad.

En particular, para los iberoamericanos se trata de asumir el desafío de desarrollar y consolidar el “espacio cultural iberoamericano”, al que nos llama la propia Carta Cultural.

Tiene esto especial sentido, en momentos en que se ha hecho posible un renovado debate sobre los estilos de desarrollo y de organización social y económica que han sido ensayados en la región desde los años 70.

En ese debate, la cultura tiene un papel central.

Se trata de reconocer en nuestras identidades un elemento transformador de los vínculos sociales. Son ellas las que ponen en juego a la cultura como dadora de sentido, de un sentido colectivo que hoy parece “desvalorizado” por la reducción de las interacciones sociales a competencias mercantiles.

Las identidades entonces nos arraigan y nos universalizan. Son nuestras señas particulares pero al mismo tiempo son el modo en que nos insertamos en las cadenas de mensajes, bienes e intercambios culturales. Son ellas las que nos permiten hacernos una imagen del mundo e ingresar en ese circuito donde la diferencia se vuelve diversidad y nos realimenta.

Las políticas culturales recalcan así en un vértice en el que confluyen los gobiernos, los mercados y la sociedad civil. En ese vértice tiene lugar el proceso de producción, distribución y circulación de bienes y mensajes. Es un proceso delicado en el que se sedimentan las memorias. Un sinuoso recorrido temporal, marcado por diferencias y conflictos, en el que se van generando condiciones para la innovación y la creatividad.



Finalmente, en estos momentos, en los que en el transcurso del cambio de época del que venimos hablando, se ha desarrollado una crisis financiera y económica internacional, que ha venido a sumar incertidumbres, en el horizonte de todos. En esta crisis, sin embargo, podemos afirmar que el campo de la cultura (de los valores, de la creación cultural, de las políticas culturales y de la cooperación cultural) asume especial relevancia para recomponer el sentido de los procesos, incluir a todos los sectores sociales (especialmente a los menos favorecidos económicamente) y enfrentar los desafíos del siglo XXI. ●

Buenos Aires, 17 de noviembre de 2009.